LA TIERRA DE LOS MUERTOS

HUGO AQUEVEQUE

Estar solo siempre fue una opción para mí, fui y soy un solitario, me acostumbré mejor que cualquier otro, si es que hay alguien más. Llevo diecisiete años en la más completa soledad, diecisiete años conversando con mi consciencia, comiendo y durmiendo conmigo mismo, y me gusta. Tuve la suerte que no tuvieron los demás de ser un individuo aislado, muchos otros debieron ocupar sus fuerzas y tiempo en proteger a sus familias y amigos, y en eso se les fue la vida, yo sólo velé por mí mismo y pude salvarme.

Escapé a cientos de kilómetros de la civilización, y lo meritorio es que lo hice a pie y con lo puesto. Mi residencia está internada en el desierto más árido del mundo ¿quién se atrevería a buscarme aquí? Construí mi pequeña guarida aprovechando los desechos de dos casetas de madera abandonadas por la guardia militar fronteriza. En ella me protejo de los cuarenta grados de calor del día y del frío congelante de las noches. Es un cuadrado de tres por tres metros, donde instalé una pequeña despensa y una cama desplegable que habilito sólo cuando descanso. Tengo además una silla, una especie de mesita, algunos libros que he leído treinta veces, un revólver que jamás he usado y, lo más importante, lápices y mucho papel porque la mayor parte del día la paso escribiendo. No necesito nada más.

Mi jornada comienza muy temprano, con la luz del sol, y termina cuando éste se esconde tras el horizonte. Me alimento de carne de lagartos que seco al sol sobre mi casa. Cada mañana después de comer y descansar un rato debo procurarme alimento para los siguientes días. Los lagartos caen en mis trampas de día y de noche, y no debo alejarme demasiado para colocar las cajas-jaulas. Retiro unos nueve o diez lagartos cada día, a veces más. Es una dieta atrozmente monótona, pero ya estoy acostumbrado y me provee de las vitaminas necesarias para subsistir.

El resto del día lo dedico a escribir y leer en la frescura de mi hogar, y cuando cae la noche, preparo los recipientes para atrapar agua de la niebla y del rocío nocturno, que cada mañana retiro y guardo en dos bidones que cuido como tesoro. También obtengo agua de la lluvia, que cae de vez en cuando… cosa extraña, durante diez años no cayó una sola gota de agua, ahora llueve por lo menos una vez al mes.

Vivo como un monje del siglo XV, pero para mí es como vivir en el paraíso. Sólo mi reloj me conecta con esta época. Aquí saber la hora es completamente irrelevante, pero sin ese aparato no sabría qué edad tengo ni cuánto tiempo llevo en este lugar.

Cada mes me aventuro en una travesía a pie que dura tres días hacia una usina salitrera abandonada quizá hace un siglo. Allí consigo la madera y las herramientas necesarias para subsistir, incluso libros y algunas mantas y ropas tejidas hace más de cien años. Y en el camino también me proveo de sal natural. Para todo eso me construí un trineo que acarreo por la arena tirándolo de un cordel atado a mi cintura. En ese pueblo hay calles, una plaza con árboles muertos (tres empiezan a dar brotes) y casas habitables inmensamente más grandes y acogedoras que la que construí. Todo podría ser mío, pero vivir ahí no sería seguro.

Estos son mis días, los de un ermitaño, y así fui un ser completamente feliz hasta esta noche. He llegado a casa después de tres extenuantes jornadas de viaje; la luna hace de la noche día, lo alumbra absolutamente todo con su plata reluciente, y allí los descubrí. Bajo las estrellas, que flotan en el cielo como arena en el mar, se ve mi pequeño hogar, una diminuta silueta cuadrada y oscura perdida en un mar de formas luminosas, y a su alrededor dos tenebrosas figuras en movimiento. De ellos huí hace diecisiete años, de esa nueva raza endemoniada que todo lo destruye, una casta de seres horribles y violentos; voraces bestias antropófagas.

Esos dos, como cientos de millones de otros, son producto de una guerra estúpida y mortal: un nuevo virus experimental convirtió a personas normales en seres primitivos y violentos, sin ninguna inteligencia, sólo instinto; verdaderos animales salvajes y predadores con una gula insaciable. La bacteria, altamente contagiosa, como una epidemia de gripe se propagó por el mundo entero, fue una reacción en cadena, y en un año no había lugar seguro. Los enfermos crecían en progresión aritméticamente, cada día, consumiendo todos los alimentos disponibles en todos los rincones del planeta, después matando a animales y aves domésticas, y cuando se hubo acabado la comida devoraban vivos a las personas sanas y hasta se comían entre sí, en orgías de sangre ni siquiera concebidas en el mismo infierno. Y lo más irónico es que la guerra continuó como si nada hubiera sucedido, espantosa y total, y la radiación de las miles de detonaciones nucleares, como ese infausto virus, infectó todos los mares y lagos, todo el aire y la tierra, y se expandió por la superficie del mundo, aniquilando hasta al último ser viviente que se encontraba a su paso, a excepción de esas siniestras criaturas que pudieron sobrevivir por su metabolismo alterado.

Dudo que hayan sobrevivientes como yo, no obstante tenía la secreta esperanza de que después de tanto tiempo ya no existieran esos monstruos, que se hubieran matado entre sí y que el resto hubiera muerto de hambre y de sed. He vivido dos décadas con el miedo a encontrarme con alguno de ellos. Mi vida no ha sido tranquila, durante muchos años no pude dormir por las noches imaginándome que en cualquier momento echaban abajo mi puerta y se arrojaban sobre mi cama, es

la razón por la que huí tan lejos. Yo los vi matando, los vi comiendo, y por eso sufrí de sueños espeluznantes. Había logrado con mucho esfuerzo superar ese terror, pero el temido día de mis antiguas pesadillas se ha hecho realidad.

Después de una hora de observación, tirado en la arena a unos treinta metros de ellos, estoy seguro que son de esos animales, cualquier hombre medianamente inteligente ya hubiera descubierto la pitilla oculta con la que se abre la puerta desde afuera. Estoy muy cansado, pero debo enfrentarlos, no tengo otra salida, si me duermo esos animales me encontrarán. Mi revólver no lo tengo conmigo, así como fueron esas cosas inoportunas en llegar, fui inoportuno yo olvidando el arma dentro de la casa. Sólo tengo un delgado fierro para defenderme, y creo que si los tomo de sorpresa con un buen golpe podría eliminar a uno al instante, y así sólo enfrentar al otro… Pero tiene que ser ahora.

Después de controlar relativamente el tintineo de mis dientes y el temblor en mis rodillas, me arrastro como una serpiente por la fría arena, muy despacio, con cuidado rodeándolos buscando sus espaldas. Ahora más cerca puedo ver que los desgraciados rasguñan la madera como perros hambrientos, se gritan con sonidos guturales, se empujan y golpean. No logro ver sus caras, pero es preferible así. Sus escasas vestimentas son sucias, con manchas oscuras por todas partes —de sangre con seguridad—, ropas demasiado rasgadas y delgadas, están prácticamente desnudos, y hace mucho frío, pero si resistieron la radiación el frío debe ser una nimiedad para sus cuerpos.

Estoy lo bastante cerca y la luz de la luna es muy clara, si alguno diera la vuelta me descubriría al instante. El miedo tiende a paralizarme, pero el instinto de supervivencia es más fuerte. Después de veinte años de lucha no me puedo dejar vencer tan fácilmente, no me lo merezco. Los miro y elijo a quien atacar primero, hay uno más alto y fuerte.

Me sigo acercando, y en cualquier momento me descubren, los nervios no me sueltan, las piernas las siento flotar detrás de mí, y sin poderme contener me orino encima, lenta y cálidamente, es relajante y necesario. Preciso acercarme más aún, me falta poco, y no sé si quiero llegar a eso, los bramidos que dan son tenebrosamente roncos y me erizan los pelos de la piel, pero estoy en un punto sin retorno, ya no hay vuelta atrás. En mi vida sólo he matado lagartos, desconozco si tendré la decisión para golpear hasta asesinar a algo parecido a un hombre.

Ha llegado el momento, me levanto con sigilo y lentitud a sus espaldas, y ya erguido camino despacio, sin hacer ruido, con el corazón en la garganta y la vara de metal en alto. Voy hacia el grande, puedo ver el rabillo de su ojo turbio cuando mira a la otra bestia, no me ve de soslayo, no capta mi casi imperceptible movimiento, el hedor que expele es repugnante, así como el color y la textura de su piel quemada y llena de erupciones amarillentas.

A dos metros salto al ataque, sin atreverme a gritar, y le doy por detrás, en la cabeza, con un golpe tremendo que me queda vibrando en las manos, como

también su sordo eco queda resonando en la noche solitaria y alucinante. El animal se va de bruces dando un lastimero alarido. De inmediato levanto mi arma y le pego en la cara al otro tirándolo de espaldas al suelo, creo que el criminal impacto le quebró la quijada como si ésta fuera de porcelana. Alternativamente los golpeo con el fierro en la cabeza, con toda la fuerza que puedo tener, con desesperación, las bestias gritan y se cubren con las manos, pero ni siquiera logro la inconsciencia en ellos.

La sangre salta por doquier, calculo que ya les he fracturado el cráneo y los brazos en varias partes, pero no mueren, se aferran a la vida de una manera sobrenatural que me sobrecoge los sentidos, sus gritos me provocan asco y un intenso horror. Recuerdo el revólver, y sin dudarlo dejo a los repugnantes seres tirados para salir raudo en su búsqueda.

En la negrura de mi hogar no lo encuentro, el nerviosismo traiciona mis movimientos, pierdo la noción del tiempo, no sé cuánto ha transcurrido, sólo siento que es demasiado, segundos interminables que me desesperan, el terror es insoportable y una urticaria del demonio invade todo mi cuerpo. Las lágrimas no dejan de correr por mis mejillas nublando lo poco que puedo ver en esa tenebrosa oscuridad. Me hallo en el infierno, sintiendo a uno de esos demonios que en cualquier momento muerde mi hombro, no me atrevo a voltear, baso todas mis esperanzas en ese malnacido revólver.

Lo descubro con mi tacto, el frío metal que me cuesta un mundo establecer su forma para tomarlo en el momento preciso en que siento pasos a mis espaldas. Me vuelvo de reflejo y como por inercia apunto a la redondeada sombra bajo la puerta que cubre la gran luz de la luna llena. Disparo dos veces y un tibio líquido me llega a la cara, haciéndome probar en la boca una sustancia blanda que me provoca un vómito instantáneo. Descargo todo lo que puedo botar de mi estómago, incluso el aire polvoriento de los pulmones, y los sonidos de mi garganta se hacen tan infrahumanos como los de las bestias. El mutante cae fulminado, siento a ojos cerrados el seco golpe en el piso de madera.

Un impulso incontenible me hace salir corriendo de ahí, tropiezo con el bulto en el umbral de la puerta y caigo de bruces sobre el otro ser que agoniza. Aún con el arma en la mano me levanto maldiciendo a gritos y disparo en su cuerpo todas las balas que me restan.

Los estruendos de las detonaciones quedan repercutiendo en la estrellada bóveda celeste, resonancias interminables que temo atraigan más bestias a este lugar. Y las arcadas me dominan de nuevo, pero nada vomito por mucho que la sensación de asco me convulsiona los músculos del estómago y la garganta. Caigo de rodillas, todavía con los espasmos en mi interior, provocándome una presión asfixiante en el pecho, vomito sólo saliva, pero me da la sensación que la sangre del cerebro se me va por la boca. A gatas huyo del lugar, desesperado y aterrorizado como nunca antes en mi vida, pero sólo son unos metros, me siento exhausto casi de inmediato, tiembla todo mi cuerpo, y tengo la necesidad

imperiosa de descansar, y aunque no quiero volver a mi casa sé que no puedo dormir afuera por el temor a la existencia de más bestias en las cercanías.

Al rato, todavía asqueado, pero más sereno y resignado, me acerco al lugar de los lamentables hechos, trato de actuar de la manera más rápida posible. Tengo que deshacerme de los cadáveres y asegurarme de que están muertos. Comienzo con el del exterior, jadeante lo arrastro de los pies varias decenas de metros. Con una pala cavo un profundo hoyo en la arena, y con la misma herramienta, antes de arrojarlo dentro, le parto el cráneo hasta la altura de los ojos al espeluznante ser. El segundo cuerpo, el que está en la casa, no es necesario "asegurarlo", al pobre desgraciado le volé casi una cuarta parte de la cabeza con los dos precisos tiros que le di a quemarropa. Calculo que aunque estuvieran vivos sería imposible que pudieran liberarse de la pesada tumba de arena.

Al regresar a mi casa enciendo la lámpara a gas que reservo para grandes ocasiones, sospechaba el estado en que estaba el interior, pero lo que descubrí sobrepasaba cualquier expectativa; la habitación estaba completamente recubierta de sangre, de trozos de sesos y vómito, un espectáculo inconcebible, repugnante, que me quitó el sueño en un tris. Un olor a vísceras lo impregnaba todo, no había lugar libre de los despojos orgánicos de la bestia que asesiné, la cama, la silla, la comida, las paredes, el piso, todo tenía trozos o manchas de esa abominación, también mi cuerpo y mis ropas.

Resignado a la inmundicia busqué un rincón y lo limpié como pude, no sin antes volver a cargar el arma, y me senté en el piso a dormir con el acero entre mis manos. Lo hice a ratos, las pesadillas y el fuerte viento que comenzaba a reinar afuera me despertaban cada pocos minutos, y el amanecer no llegaba. Necesitaba el sol para buscar su calor y recostarme en la arena bajo su luz reparadora y así recomenzar mi vida, pero el amanecer no llegaba nunca, esa noche fue interminable, y para mí jamás terminó.

Desperté por un ruido en la puerta, eran rasguños, como los que hacen los gatos o los perros cuando quieren entrar a sus hogares, no era un sueño, tampoco el fuerte viento, esto era real. El ruido lo sentí como una campanada de muerte, con hedor a tierra húmeda, de sepultura. Estaba solo, solo en el mundo y un ser de las tinieblas golpeaba mi puerta. Por segunda vez en la misma noche me oriné encima, sentado en el piso, sin control, como un niño aterrorizado. El ruido persistía sin cesar, y cada tañido lo sentía con una clavada gélida en el corazón, que a esas alturas me latía como una máquina descontrolada. No podía, no había forma, estaba aterrado, con una fobia espantosa a esas criaturas. Me vi incapacitado de enfrentarlos nuevamente, sin siquiera el coraje necesario para ponerme de pie y prender la lámpara. No podía abrir la puerta, así como no podía dejar de llorar no podía abrir esa maldita puerta y enfrentar mi pesadilla de nuevo. Las piernas no me dejaban de tiritar, todo mi cuerpo era un temblor enfermo, y el sudor que corría por mi piel me hacía sentir tan sucio como esos engendros del infierno. Me sentí huérfano en el mundo en esa absoluta oscuridad, con una

soledad abrumadora, quemante, que me aplastaba. No podía luchar otra vez solo… simplemente no había forma de hacerlo.

El arma en mi mano como una luz se hizo sentir entre mis dedos, con otra utilidad, con otro propósito, como si un conocimiento repentino me hubiera hecho saber algo que jamás me hubiera imaginado. Sí, ese revólver era mi salvación, mi liberación. Y no lo pensé como una posibilidad, sencillamente era un hecho. Y no miento, fui feliz en esos instantes, fui feliz porque no tendría que enfrentar nada, porque en una milésima de segundo se acabaría todo, en una pequeñísima fracción de tiempo, como despertando de un mal sueño, se terminaría mi pesadilla para siempre.

Levanté el revólver, sin miedo y sin vacilar, e introduje el helado cañón en mi boca. El sabor de la pólvora quemada me supo como un antídoto al sabor de la sangre que me había hecho probar esa infernal criatura. Era cuestión de apretar el gatillo y todo se acabaría. Era un hecho…

****

Un enorme vehículo se aproximaba por el desierto, navegando como un barco a la deriva en una feroz tormenta de arena. La comparación no era arbitraria teniendo en cuenta que sus dimensiones lo asemejaban mucho a una embarcación; tan largo y alto como ningún transporte terrestre. Un símbolo bélico impreso en cada una de las dieciséis inmensas llantas dejaba entrever que se trataba de un vehículo militar.

La máquina constaba de dos partes; una cabina y un gran espacio posterior para almacenaje y dormitorio. En la cabina viajaban cinco tripulantes, dos sentados a los mandos y los restantes controlando otros instrumentos de medición. Y uno de estos últimos exclamó excitado.

—¡Comandante!, detecto una señal de vida adelante, a unos dos kilómetros en línea recta.

El comandante, hombre sexagenario y de mirada triste, replicó.

—¿Puedes determinar de qué se trata?

El suboficial contestó diligente:—Imposible, el radar está deshecho con la tormenta, apenas intermitentemente alcanzo a ver la señal. Podría tratarse de una de esas criaturas, pero también podría ser un animal mediano o un niño, aunque como usted sabe, no hemos visto un solo animal en dos años y menos a una persona, pero no puedo descartarlos porque además le tengo que informar que hay una construcción pequeña…, una casa o un *bunker* encajan.

—Ésa es noticia, Hakamoto —dijo el comandante, y tomando unos binoculares para otear el horizonte agregó—. Imposible, la tormenta de arena no deja ver nada. Kevorkian, acércate mil quinientos metros más y detente. —Y dirigiéndose a los otros tripulantes, ordenó. —Muchachos, prepárense para reconocimiento de terreno. Carguen armas, quizá tengan que exterminar un nuevo objetivo, el número veinticinco para las estadísticas.

Al rato, ya posado el vehículo en medio de un amarillo mar enfurecido, los tripulantes Hakamoto, Wahlberg y Shyamalan pisaron tierra. Vestían gruesas y aislantes ropas que los cubrían hasta la cabeza, también botas, guantes y cascos con grandes lentes ahumados. Iban premunidos con armas largas y negras, y acompañados de un pequeño vehículo-robot que transportaba equipo auxiliar.

—Comandante —dijo Shyamalan por su intercomunicador—, la visibilidad es nula, pero estamos listos. Iniciaremos el reconocimiento.

—Entendido, sargento. Cerremos la comunicación para mayor seguridad, reinícienla sólo cuando finalicen o en caso de necesitar apoyo logístico. Sean precavidos, a pesar de que *a priori* no vimos mayor actividad los detectores y los controles pueden fallar en estas condiciones climáticas, de hecho el radar dejó de funcionar definitivamente hace unos momentos. Suerte entonces, cambio y fuera.

—Entendido, señor, cambio y fuera —y con Shyamalan a la cabeza, el compacto grupo se encaminó con dirección al sur, hacia la señal de vida encontrada en medio del desolado paraje.

A bordo, Kevorkian dejó los mandos de control para servirse algo similar a un café; era un básico extracto de raíces del que obtenían una infusión para calentar el cuerpo. Caminó hacia la máquina-expensa y se detuvo para preguntar: —Señor, ¿quiere uno?

Sanders asintió apenas con la cabeza, y al siguiente minuto el otro militar estaba sentado a su lado con dos tazas.

—Comandante —dijo, soplando con cuidado el caliente líquido del recipiente entre sus manos—, quiero hacerle una pregunta.

Sanders permanecía en su butaca absorto en lo que hacía, estaba alerta y ansioso, manipulaba el *zoom* de las cámaras del vehículo, intentando descubrir algo en el objetivo que supuestamente tenían adelante. Si fuera por él lo volaría con un proyectil —pensaba—, así de simple, pero debían estar seguros antes de tomar cualquier decisión. Kevorkian no se molestó con su indiferencia, conocía de sobra la personalidad retraída de su superior, así como también su buena disposición y cordialidad: —Yo apenas era un niño de cinco años cuando comenzó todo esto— insistió—, por eso quiero preguntarle: Sinceramente ¿cree que vale la pena esta búsqueda?

Sanders dejó los controles al escucharlo, como si lo hubieran despertado de un sueño triste. Cogió la taza con el líquido oscuro, y le dio un sorbo que se le antojó muy amargo. Y posando el recipiente sobre el tablero, respondió.

—No lo sé, Jan, pero quiero pensar que sí. Apenas llevamos un par de años de búsqueda, pero el esfuerzo por sobrevivir ha sido tan grande que quiero pensar que sí… Pero… como bien sabemos el derretimiento de los polos inundó el 97% de la tierra del planeta, y la que queda no es fértil, sólo islas montañosas y desérticas. De los veinte billones de habitantes que existían el 2.025, sólo hace 25 años, quedamos apenas dos mil viviendo hacinados en un túnel ocultos de la lluvia ácida, alimentándonos de una miserable dieta de frutas, gatos, ratones y extracto de cucarachas y raíces. No hay vida en el mar porque está completamente contaminado, la mitad de nosotros estamos enfermos por la radiación y por la paupérrima dieta que llevamos. Kevorkian, el planeta se está muriendo y nosotros con él. Decirte que esta búsqueda vale la pena sería engañarte, pero en mi personal opinión quiero pensar que sí, por lo menos eso me ayuda a seguir adelante.

Su interlocutor se quedó pensativo un instante, reflexionando sobre lo que decía Sanders. Lo miró a sus pequeños ojos grises, y el rostro grave y sabio que le daba esa rala barba blanca le dijo más que mil palabras.

—Entiendo perfectamente lo que quiere decir, señor. Pienso lo mismo —y confesó—, pero desde que llegamos a esta zona que tengo un presentimiento que no sé explicar, una cosa que me dice que sucederá algo grande, realmente relevante, pero no sé qué es… como si tuviera la certeza de que hoy estamos haciendo historia…

Sanders sonriente apoyó su mano en el hombro de Kevorkian con actitud paternal, y acotó.

—Creo que es un poco simplista basarlo todo en un presentimiento, pero puede que tengas razón. No es malo ser optimista, y tal vez estemos viviendo el primer día de una nueva era, esta inmensa isla que encontramos puede ser una señal, pero todo lo que tenga que ver con el destino prefiero dejárselo a Dios. Mientras tanto cumplamos con nuestro deber, y hagamos lo posible para sobrevivir, es nuestra prioridad ahora, y nuestra obligación como hombres.

El piloto captó la sutileza y le devolvió la sonrisa de buena gana. Continuaron conversando del tema y de la situación, desde otros puntos de vista. Kevorkian a sus veinticinco años tenía muchas dudas y preguntas sobre el *mundo antiguo* que nunca había logrado despejar, además, ese presentimiento que tenía lo empujaba a prepararse de la mejor forma para enfrentar el futuro. Si era cierta su corazonada, ése sería el primer año en un nuevo mundo, y él quería ser un actor de esa historia por escribirse.

Después de tres horas de amigable y vigilante charla, la luz verde del intercomunicador parpadeando anunció que se reiniciaba el contacto con los tres soldados en tierra.

—Comandante —dijo la voz interferida por el fuerte ruido del viento—, reabrimos comunicación, ¿me *copia*?

—Adelante, sargento —contestó Sanders con un leve sesgo de ansiedad en su semblante—, le escucho perfectamente ¿cuál es su reporte?

—Le tenemos excelentes noticias, señor —y se escucharon unos entusiastas vítores de fondo—. La zona está asegurada. Encontramos tres cuerpos sin vida, pero por el momento el viento nos dificulta el procedimiento de limpieza.

Kevorkian al escuchar a Shyamalan dibujó una sonrisa nerviosa en su rostro. El comandante tampoco pudo disimular su incertidumbre, y replicó: —¿Tres cuerpos? Confirme el mensaje, soldado.

—La situación es algo complicada para explicarla así, pero trataré de aclararle todos los puntos —y después de una breve pausa continuó—. Encontramos dos cuerpos sepultados en la arena, a unos veinte metros de la casa (porque es una casa de madera lo que detectó el radar; pequeña, muy básica y rudimentaria, pero habitable). Los cuerpos sepultados tienen una data de muerte de catorce horas, aproximadamente. Les hicimos las pruebas bacteorológicas correspondientes a ambos cadáveres, y dieron positivo. Eran dos mutantes, está confirmado.

El comandante y el piloto no cabían del asombro. Ambos se pusieron de pie, ansiosos, cuestionándose "¿quién?". Pero no tuvieron que hacerle la pregunta a Shyamalan porque su voz reapareció en la cabina.

—Hemos armado más o menos el *puzzle* de lo que sucedió aquí, de todas maneras tenga en cuenta que son sólo suposiciones. Todo debió ocurrir anoche; aquí vivía un hombre de unos cincuenta años, que no tenemos la más mínima idea de cómo sobrevivió todo este tiempo. Él mató y sepultó a los objetivos, lamentablemente está muerto también. Y tenemos casi la certeza de que se suicidó. Le hemos hecho el examen viral y no estaba contagiado.

Dentro de la cabina Sanders y Kevorkian no dejaban de observarse con miradas cómplices, y sus sentimientos se debatían entre una sobria alegría y una curiosidad creciente. El piloto tomó unos binoculares e infructuosamente trataba de mirar a través de la nube de polvo y repetía susurrándose a sí mismo "estaba vivo…, estaba vivo". En el altoparlante la voz del sargento continuó su relato.

—El hombre vivía solo, según unas inscripciones en las paredes su nombre era Mario Rodríguez, y anoche fue visitado por estas dos criaturas, que terminaron muertas y con sus cabezas destrozadas, inferimos que a golpes de fierro y

balazos. Por las evidencias pensamos que fue una pelea feroz. A uno lo mató dentro de la casa y al segundo fuera, a un metro de la puerta. Después este hombre, Rodríguez, los sepultó, y posteriormente en el interior de su casa se dio un tiro en la boca; su data de muerte es de unas ocho horas (por nada lo encontramos vivo…). No sabemos por qué se suicidó, tal vez pensó que habían más criaturas y se vio perdido, es imposible asegurar algo. Dentro de su vivienda dejó un testimonio de todos estos años escrito en unas… calculo dos o tres mil hojas, que llevaremos a bordo para investigación, creemos que pueden contener información muy valiosa, por lo menos con estos datos podremos saber si estas dos criaturas son una excepción o es común encontrarlas en esta zona…

El comandante expectante lo interrumpió para preguntar casi con impetuosidad: —Shyamalan, si ese hombre sobrevivió todos estos años aquí, ¿qué pasa con el nivel radiactivo? ¿Tomaron muestras de agua?

—Sí, Sanders. Esperaba esa pregunta y se la respondo encantado —replicó el sargento —. Hallamos dos bidones con agua fresca y el nivel radiactivo es mínimo; 23.75 Roentgen, prácticamente normal. Además por algunas costras en el terreno conjeturamos que aquí ha llovido y que de ahí procede esta agua, por lo que es lógico concluir que la lluvia en este lugar… gracias a Dios… está exenta de radioactividad.

En el transporte el júbilo de Kevorkian se hizo patente y a saltos y aullidos celebró la noticia: "¡Lo sabía! ¡Lo sabía!" gritaba eufórico. Sanders cerró los ojos y el puño de su mano con fuerza, como conteniendo una inmensa emoción. Después controlando su respiración y tratando de no mirar a los ojos a su acompañante, dijo al micrófono.

—Es la mejor noticia que he escuchado en más de veinte años, sargento. Iremos por ustedes, preparen las muestras para almacenamiento, el cadáver de Rodríguez también.

—Entendido señor. Háganlo con calma que la visibilidad es cero y estamos muy cerca. Necesitaremos también dos jaulas de cristal, una pequeña y una de mediano tamaño, prepárenlas para utilizarlas de inmediato.

Los dos ocupantes de la máquina militar se extrañaron sobremanera, y el oficial mayor preguntó pasmado: —¿Jaulas?, ¿para qué, Shyamalan?

—Comprendo que la excitación le hizo pasar un dato muy importante por alto: El radar. Pues, la señal de vida que vio Hakamoto en el radar fue de un coyote, un hermoso y tierno coyote que estaba refugiado del viento junto a la puerta de la casa. Cuando lo descubrimos no huyó y fue muy fácil capturarlo. Y no sólo eso Sanders, este hombre se alimentaba de lagartos, alrededor de su vivienda encontramos varias trampas con lagartos vivos. Se da cuenta comandante ¿todos los coyotes y lagartos que el viejo Antinori podrá clonar desde estos? Sabores nuevos, amigo, ¿se puede imaginar la inmensa alegría que le daremos a nuestra

gente cuando regresemos con estos animales y la noticia de que al fin hallamos un lugar habitable en la superficie? Nos recibirán como héroes…

Desde la nave con solemnidad replicó el comandante: —Sí Shyamalan, me doy perfectamente cuenta, y veo que son demasiadas emociones para un solo día, y no merece que lo conversemos por radio ni que saquemos conclusiones apresuradas. En este momento nos dirigimos hacia allá, en unos minutos estableceremos contacto. Buen trabajo muchachos. Gracias… Cambio y fuera.

******

Cuando el vehículo llegó a destino, sin darse tiempo para disfrutar el descubrimiento, los soldados con rapidez se dispusieron a cargar las muestras antes de que oscureciera; fueron almacenados los animales, los manuscritos, los bidones de agua, y el cadáver. Los cuerpos infectados los depositaron dentro de la casa para su incineración una vez acabado el ventarrón. Posteriormente continuaron con las indagaciones en los alrededores, pero aparte de dos lagartos más no encontraron muestras de interés, aunque dedujeron que debía haber algún poblado cercano donde Rodríguez conseguía materiales para su supervivencia y decidieron esperar el paso de la tormenta para ir en la búsqueda de ese lugar. Al llegar el ocaso y ya a bordo todos, Sanders intentó infructuosamente tomar contacto con la nave madre que se encontraba a más de mil kilómetros de distancia aguardando a las seis unidades terrestres repartidas por esa gran isla, su intención era darles las coordenadas del lugar para que volaran a su encuentro y así acelerar el regreso a casa, pero la borrasca no lo permitió.

A la espera y después de dos horas de alegre y sustancial charla entre los cinco militares, la tempestad amainó y un regalo del cielo cayó sobre el frío y agotado metal; llovió como nunca habían visto en veinte años. Y a pesar de que existía un protocolo marcial que obligaba a los soldados a permanecer siempre en el vehículo cuando estuvieran en vigilia o descanso, Sanders, dada, las circunstancias y las insistencias, hizo una excepción y no sólo les permitió a sus hombres bajar a terreno sino que los licenció por unas horas (previa comprobación radiactiva del agua). A pesar del cansancio descendieron e instalaron luces y un calefactor eléctrico en tierra, y comenzaron a bailar y a gritar como niños bajo la lluvia.

El comandante permaneció en la cabina del gigantesco vehículo tratando de comunicarse con la nave nodriza, pero tampoco tuvo éxito esta vez. Después de varios intentos y una hora de tedio se puso de pie para servirse una taza de extracto de raíces. Al observar por una ventana lateral descubrió, cuatro metros más abajo, a sus hombres aún jugando y riendo alrededor del calefactor, empapados, y él no pudo evitar dibujar una sonrisa al ver a esos rudos y disciplinados soldados actuar como adolescentes desbandados. En un efímero

instante una sensación lo hizo recordar sus excursiones de niño por los bosques del norte y los cantos al calor de una fogata, pero prefirió evitar ese tipo de recuerdos dolorosos y volvió a sentarse en su puesto. No obstante, al probar la tibia infusión de la taza que tenía entre manos tuvo la feliz impresión de que ese asqueroso líquido oscuro le sabía a café, y se alegró de que sí conservara ese recuerdo.

Se quedó analizando el próspero futuro que tenían por delante. Después de todo el presentimiento de Kevorkian era cierto —reflexionó—, y ahora la situación de la humanidad era muy distinta. Poco a poco el cansancio lo fue atrapando, sumergiéndolo en un agradable letargo que finalmente lo venció.

******

Era un bosque precioso, y él se veía mucho más joven, había un gran lago de aguas cristalinas y diversos animales; aves, conejos, ardillas y hasta un alce. El canto de los pájaros era celestial y con el aroma de las flores abarcaban por entero ese edén. Todo era verde y azul, un impresionante vergel de ensueño… Un ruido a sus espaldas lo despertó, como de un golpe de metal. Unos arrastrados pasos se acercaban y aún sin reaccionar escuchó también las risas lejanas que lo volvieron a la realidad, eran sus hombres bajo la lluvia; repentinamente pensó que no debió licenciar a la tripulación. Pestañando con dificultad dejó la taza con el frío líquido sobre el tablero y giró el asiento para ver quién llegaba…

No era de su dotación, no; éste era un hombre muy pálido, tan pálido como un muerto, de pelo tieso y ojos saltones, turbiamente blancos, casi podridos, hundidos en cuencas oscuras y profundas; el aspecto de esa persona era satánico. Tenía una herida en la boca, en cuyo entorno habían negras costras de sangre y algunas manchas blancas, como de materia en descomposición, pero los dientes y la mandíbula se veían intactos. Comprendió Sanders que había cometido un grave error al subestimar al virus, debió someter el cuerpo de Rodríguez a cuarentena, aunque pensó también, ¿alguien se hubieran imaginado que una bacteria veinte años olvidada y sin alteraciones biológicas pudiera mutarse en un solo día hasta hacerse inmune incluso a la muerte?

El muerto-viviente, que fuera Rodríguez en vida, abriendo sus repugnantes fauces se abalanzó ansioso y ávido de carne sobre el comandante. Sanders no se defendió, no pudo enfrentar su fracasada ilusión, y renunció a seguir luchando, tal como el mismo Rodríguez hiciera un día antes. Simplemente se dejó matar, pero morirse ya no sería tan sencillo en el nuevo mundo creado por los hombres…

******

Jan Kevorkian, sentado sobre la arena mojada, escuchaba entusiasmado a sus tres camaradas que de pie discutían y bromeaban sobre los acontecimientos de ese especial día. La hazaña de Mario Rodríguez la catalogaban como un acto heroico, digno de consignarse con letras mayúsculas en los —en adelante— renovados anales históricos. La noche estaba muy oscura, pero la temperatura agradable. La lluvia se había marchado hacía unos instantes dejando sólo el susurro siniestro del viento. Kevorkian vio moverse algo detrás de quienes hablaban, pero las luces lo encandilaron. "Quizás es el cansancio", pensó, y no dijo nada a sus compañeros, no obstante intentó afinar la vista. Fue en ese momento en que se congeló la noche con un desgarrador alarido que provino del interior del enorme transporte; pero ya era demasiado tarde. Desde la tenebrosa penumbra, en la misma dirección de la rústica casa, aparecieron dos sombras difusas que se transformaron en sendos seres putrefactos, que se abalanzaron con sus ojos de muertos y sus garras en alto a las espaldas de Wahlberg y Shyamalan. Lo siguiente que se vino fueron sólo alaridos de terror, y la noche se convirtió en infierno y la esperanza en muerte…

Basado en la sensación que dejó un sueño...
como cualquier otro.

Estocolmo, 11 de junio de 2003.
® Hugo Aqueveque

LA VOZ DEL CEMENTERIO

ROQUE PÉREZ PRADOS

El frío era tan intenso aquella tarde, que la sensación de helor que provocaba el gélido viento, acartonaba las extremidades de quien se expusiera a aquella ventisca helada. En el cementerio de Santa Elena apenas aguantaban a la intemperie catorce o quince personas, estoicamente, en pie, sólo sostenidos por su propio dolor mientras escuchaban con poca atención el piadoso sermón del padre Damián.

Era el día del entierro de Clara López. Sólo la familia y unos cuantos amigos habían acudido a darle el último adiós. En primera fila y junto al sacerdote, sollozaban Juan y Carlos, marido e hijo de la difunta. Abrazados y en silencio observando con impotencia cómo los dos operarios del cementerio introducían el ataúd color de haya en el nicho después que el presbítero hubo finalizado su oración, coreada de un apagado amén. Acto seguido, Juan depositó encima del féretro un triste ramo de rosas rojas y blancas envueltas en celofán, justo antes de

que los albañiles sellasen el nicho bajo la atenta mirada de todos los presentes. Primero un murete de ladrillos y después una capa de yeso blanco para cerrar el hueco antes de encajar la lápida.

—Te acompaño en el sentimiento, Juan —le dijo Alberto con solemnidad mientras le abrazaba—. La vamos a echar mucho de menos. —Apostilló con tristeza.

—Muchas gracias —le respondió Juan con voz entrecortada mientras unas amargas lágrimas escapaban de sus ojos.

Durante unos minutos, Juan recibió las condolencias y pésames de algunas personas queridas. Cuando terminó de atenderles, camino de la desvencijada puerta del cementerio, el padre Damián se dirigió a él :

—¿Cómo te encuentras?— le preguntó amigablemente.

El joven viudo apenas fue capaz de asentir lastimeramente mientras su mirada, perdida y vacía, inundada de dolor, vagaba por el horizonte como alma en pena. El sacerdote respetó el sufrimiento silencioso de su sobrino y le acompañó con aflicción junto a su hijo y el resto de allegados hasta el aparcamiento exterior.

Alberto, el compañero de trabajo de Juan, caminaba con su esposa, Eva, unos metros por detrás.

—¿Todavía no se sabe nada? —susurró Eva a su marido.

—Te he dicho que no es el momento de hablar de estas cosas —respondió Alberto con gesto de enfado por la inoportunidad de la pregunta.— Además, no se conocen los resultados definitivos de la autopsia, hemos de esperar...

—¡Seguro que la mataron! —interrumpió Eva ante el desespero de su marido– ¡Dicen que la encontraron muerta en su coche...! Y además ¡la policía no encontró sangre! Eso no es normal...

El siniestro viento helado sopló con violencia obligando a los asistentes a apretar el paso, acallando los rumores de las habladurías y arremolinando las hojas caídas al son de un silbido inquietante.

Mientras, en otro lado del cementerio, dos operarios se afanaban por terminar pronto su trabajo.

—¡Este maldito tiempo! Tengo las manos congeladas. Acaba ya con la lápida que está anocheciendo, y ya sabes que no me gusta andar de noche por el cementerio —dijo Samuel, que rondaba los cuarenta años y lucía un rizado cabello entrecano.

—Me parece que no vamos a tener suficiente yeso —insinuó Saturnino a su compañero.

Los dos se miraron durante unos segundos y Saturnino comprendió que de nuevo le tocaba a él ir a buscar lo que faltaba a la vieja y destartalada caseta de los trastos.

—¡Maldita sea! Es la tercera vez que te quedas corto esta semana. ¡Siempre tengo que ir yo cuando falta algo! —protestó.

—Está bien, está bien, si quieres voy yo, pero no sé que irá a opinar tu mujer si se entera donde estuviste el martes por la noche... —espetó Samuel con una malévola sonrisa entre los labios.

No era la primera vez que chantajeaba a su compañero a costa de aquella noche en el prostíbulo del pueblo de al lado, pero en cierto modo se regodeaba de la forma en que podía manipularle, siempre con ese tono ironista que le distinguía.

—¡Eres un cerdo! —masculló el resignado Saturnino tras arrojar al suelo su espátula y enfilar a regañadientes el camino de la caseta mientras su colega le observaba con una sonrisa de complacencia: una vez más se había salido con la suya.

Samuel se frotó las manos para hacerlas entrar en calor. Nunca usaba guantes en el trabajo, ya que según él "perdía el tacto de las cosas". Miró hacia arriba por encima del pasillo de nichos donde se encontraba y observó la silueta fantasmal de la luna llena, recortada sobre un cielo negro y espeso, nublado, oscuro... Se apercibió que casi había anochecido, sólo la luz mortecina de unas pequeñas lámparas iluminaban aquel tétrico lugar. A él tampoco le gustaba permanecer en el cementerio de noche, quizás fueran los miedos inculcados desde niño; aquellas supersticiones sobre los fantasmas que deambulaban entre la bruma que tanto le habían aterrorizado. Él nunca había visto nada, pero tenía claro que no iba a quedarse allí dentro para comprobarlo.

—¡Demonios! ¡Qué frío hace! —habló en voz alta mientras se abrochaba el último botón de su anorak. Buscó nervioso en el bolsillo del pantalón su paquete de tabaco. Se llevó a la boca un cigarrillo y tras varios intentos, pudo encenderlo a pesar de las fuertes rachas de viento.

Fue tras dar la primera calada al cigarro cuando oyó algo. No sabía bien lo que era pero estaba seguro de haberlo escuchado. Giró sobre sí mismo, observó alrededor y no vio nada extraño. Las silenciosas hileras de nichos salpicados de ramilletes de flores mustias le observaban impasibles desde la penumbra. Sus ojos no alcanzaban a observar nada vivo, ni tan siquiera las ramas peladas y nudosas de los árboles secos que asomaban, amenazantes y grotescas por encima de los nichos.

Samuel se hallaba en la mitad del pasillo dieciséis, de unos treinta metros de largo acotado por dos hileras de nichos. El cementerio de Santa Ana era completamente rectangular, con sus calles perpendiculares unas a otras. El lugar donde ahora se encontraba estaba bastante alejado de la salida, por eso resultaba difícil que pudiera escucharse la voz de una persona desde el exterior, y como siempre él y su compañero eran los encargados de cerrar el cementerio, luego nadie más quedaba allí dentro salvo *ellos* "Y los muertos no hablan" Pensó.

Volvió a escuchar algo y se sobresaltó, sintió erizarse el vello de su cuerpo porque a pesar de estar solo, creía haber oído... un susurro. No podía identificar exactamente de dónde procedía, porque las repentinas rachas de viento se lo impedían.

—¡Muy gracioso Saturnino! —espetó en voz alta tratando de convencerse de que era su compañero quien le intentaba gastar una broma macabra —¡Te he descubierto! ¡Sal ya de donde estés y dame el maldito yeso que hace mucho frío!

El silbido del viento fue la única respuesta. Samuel protegió sus ojos de un remolino de aire y tierra que le cegó durante algunos segundos. De repente, cesó la ventisca, y el sepulcral silencio permitió a Samuel escuchar los acelerados latidos de su propio corazón. En aquel momento un nuevo susurro, esta vez más alto y nítido le hizo darse la vuelta. Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando consideró la posibilidad de que el misterioso murmullo proviniese de aquella tumba recién sellada.

Permaneció durante unos instantes de pie, inmóvil frente al nicho, con los ojos muy abiertos. Unas gotas de sudor frío resbalaron por su frente. A pesar de que el pavor había hecho presa en él, algo le impedía salir corriendo. Quizás la vergüenza de encontrarse con Saturnino y sentirse ridículo huyendo de algo sin fundamento le hizo reaccionar con más templanza. ¿Realmente había oído aquello? ¿Provenía de allí? ¿Sería una broma de su colega? ¿O quizás habrían enterrado a una persona viva...? Sin pensarlo dos veces recogió el martillo del suelo y se acercó a la tapa del nicho. Su corazón palpitaba de forma salvaje cuando aproximó su rostro temeroso al sepulcro: nada se oía. Se acercó aún más al nicho y aplicó su oído izquierdo a la losa de mármol.

—Abre la lápida— susurró con suavidad una voz de mujer...

Saturnino se esforzaba por colocar una bombilla en el techo de la vieja caseta. Había tardado un buen rato para encontrarla en medio del desorden de aquella hedionda leonera sumido en la oscuridad más completa, con la única ayuda de la luz de su mechero.

"Me voy a tomar mi tiempo para arreglar esto" pensó Saturnino con desdén.

Imaginaba a Samuel tiritando de frío en el exterior, mientras él recuperaba su resuello dentro de aquel maloliente chambado. "Se lo tiene bien merecido el cabrón" .

Según transcurrían los minutos, el achaparrado albañil fue consciente de que debía volver lo más rápido posible con el yeso, ya que, sumido en sus pensamientos vengativos, había olvidado que la noche caía sobre el cementerio con toda su negrura.

A pesar de los incidentes ocasionados por el peculiar carácter de Samuel, Saturnino había desarrollado una importante dependencia hacia él. Juntos visitaron lugares que jamás hubiese soñado, alternando con las mejores prostitutas de la comarca, y además, cuando iba mal de dinero, incluso le prestaba algo, eso sí, con intereses. No había nada que hiciera por él de forma filantrópica, porque al fin y al cabo le utilizaba y explotaba aprovechándose de su poca inteligencia.

Cuando pudo encender la luz, encontró un saco de yeso medio lleno que había tirado en una esquina justo al lado de una sucia manguera. Al abrir la puerta, se sorprendió de que el viento hubiese cesado, aunque todavía hacía frío. Caminó con paso vivo hacia el pasillo número dieciséis, y mientras, pensaba con cierto regodeo en el tiempo que había hecho esperar a su colega.

"Espero que no se enfade mucho" Saturnino, conocía desde tiempo el carácter de su compañero y sabía de su mal talante, pero había disfrutado su "pequeña venganza particular" y se sentía satisfecho.

Cuando encaró el pasillo en cuestión observó a su compañero sentado en el suelo.

—Lo siento. No encontraba el dichoso yeso. Lo tenemos todo tan desordenado que cualquiera...

Interrumpió sus disculpas bruscamente al apercibirse de que algo no iba bien: Paco estaba sentado en el suelo, inerte, como un muñeco de trapo colocado encima de la cama de un niño. Su cabeza caída hacia delante le impedía divisar su rostro y aún sostenía en la mano derecha uno de los martillos. Arrojó el saco y se aproximó a la carrera.

En el suelo se esparcían los fragmentos de lo que antes habían sido la lápida del nicho y los ladrillos del murete que sellaba el compartimento. Además, el ataúd estaba fuera y se encontraba apoyado entre la pared y el suelo, aparentemente cerrado. ¿Por qué su compañero rompió la lápida de aquella forma y había sacado el ataúd?

Se aproximó a Samuel y al levantarle la cabeza observó la expresión de horror dibujada en su rostro con los ojos abiertos como platos y gran cantidad de sangre manando de una herida en su cuello.

—¡Dios Santo!— exclamó presa del miedo.

Se incorporó con rapidez para pedir ayuda, pero al volverse vio una imagen espectral que se recortaba contra las luces del pasillo. Una mujer, de pelo blanco, joven y bella. Vestía una túnica también blanca y caminaba hacia él descalza. Sus grandes ojos negros le observaban con avidez, desprendiendo un siniestro brillo que a Saturnino le pareció tranquilizador, por eso ni tan siquiera se preguntó quién era aquella joven. Tampoco le extrañó la ligereza de sus ropas en un clima tan gélido. El asesinato de su compañero también había pasado a un segundo plano. Embriagado de un placer indescriptible, creyó estar flotando en un mar de éxtasis para sus sentidos. El rostro de aquella mujer le recordaba a la vez el de todas aquellas con las que había experimentado sus mejores momentos de placer individual en compañía de las revistas que escondía debajo del colchón de su cama. Él la veía levitar sin que apenas sus pies tocasen el suelo, pero no era consciente de que se acercaba lentamente sin apenas mudar el gesto.

Saturnino, fascinado por el rostro angelical que le sonreía mostrando unos labios rojos y exhuberantes no apreciaba como realmente, de aquella boca sobresalían dos colmillos excesivamente puntiagudos y amarillos. De su horrenda boca rezumaba la sangre de su compañero mientras abría sus fauces con una expresión demoníaca en su rostro. Lo último que pudo percibir en su vida fueron las manos heladas de aquel ser en la cara y el intenso dolor de una mordedura en su cuello.

® Roque Pérez Prados

LA MANO

HUGO AQUEVEQUE

Darío venía de la finalización de una fiesta costumbrista en alguna casa cercana. Estaba totalmente borracho, a más de tres mil kilómetros de su hogar, solo y sin ningún céntimo en los bolsillos.

Había sido su opción, no tenía el dinero para hacer ese viaje a Chiloé, nadie lo acompañaría tampoco, pero había estado todo el año planeando la travesía, soñando con el lugar, juntando la plata suficiente —una enfermedad de su madre lo había dejado sin esos ahorros—, y no había obstáculo posible que pudiera impedir el logro de su objetivo. La gran isla de Chiloé era su meta; un lugar mitológico, un santuario para tipos como él, amantes de la magia negra, del heavy metal más místico y pesado, fanáticos de Lovecraft, Machen y Hoffmann, seguidores de dioses nórdicos, devoradores de historias fantásticas y del infierno y del más allá. Un crédulo con alma aventurera.

Tomó algunas de sus cosas, las más necesarias, las metió en una mochila y enfiló hacia la carretera, y por ella, a aventones de conductores voluntariosos llegó a los cuatro días a Chiloé; tierra de supersticiones y tradiciones fabulosas.

Ahora, en ese preciso momento, sumergido en la infinita noche, estaba en la misma carretera —separada apenas por un par de kilómetros de mar del continente—, apenas mantenido en pie a consecuencia de la borrachera, con su mochila cargada a los hombros y una lluvia torrencial cayéndole encima. Caminaba torpemente, arrastrando sus pies en dirección al norte, hacia el albergue donde estaba alojado en la pequeña ciudad de Ancud. De cuando en cuando se detenía y miraba hacia atrás buscando algún vehículo que pudiera llevarlo. A través de sus anteojos, traslúcidos por las gotas de agua, veía muy poco, pero le bastaba para descubrir que en la oscuridad que reinaba a sus espaldas no había nada. Durante una hora no había visto ni siquiera una miserable carreta en esa torrencial soledad.

Había estado en la cabaña de unos lugareños rematando la fiesta, el hogar de unos auténticos chilotes, personas hospitalarias y conversadoras como sólo las hay en las localidades rurales, y entre un trago y otro de fuerte "licor de oro" le relataron misteriosas y fantásticas historias de la isla, justo lo que Darío quería oír. El Caleuche, el Trauco, la Pincolla, seres y leyendas mitológicas que lo deslumbraban, que desde niño lo atraían como un imán. "Amigo, aquí nunca hay que andar solo en la noche" le decían los borrachos campesinos, "suceden cosas, se aparece el diablo botando azufre y fuego por el hocico, se cruzan perros y niños con colmillos y ojos rojos, espíritus de mujeres que se vengan de los caminantes solitarios, y brujas come hombres". Pero cada advertencia para Darío fue como un desafío, una invitación a lo desconocido y fascinante.

Mientras caminaba por la orilla de la carretera miraba hacia sus costados. La lluvia producía un ruido extraño sobre el bosque de pinos altos y de matorrales espesos, ruidos en la negrura que lo confundían y le recordaban las historias que los campesinos le habían relatado. Pero él no se amilanaba, al contrario, muy dentro de él se propiciaba el deseo de que ocurriera un contacto con lo desconocido; ésa

era la razón por la que estaba en Chiloé. No obstante, anhelaba con fervor que algún vehículo pudiera llevarlo, el frío ya calaba sus huesos, y sus manos congeladas no podía meterlas en los bolsillos del pantalón por el temor a caerse al suelo sin lograr sacarlas de ahí a tiempo. Su estado etílico era lamentable, y ni el chapuzón al que lo sometía la lluvia era capaz de despertarlo de su despreocupado letargo.

Caminaba zigzagueante por la vera de la vía guiado por las marcas blancas en el piso, de lo contrario hubiera podido caminar en mitad de la carretera sin darse cuenta por la ceguera de su miopía, acrecentada notoriamente por los estragos del alcohol y sus anteojos cubiertos de agua. Percibía movimientos vagos en dirección a los árboles, movimientos de algo que se ocultaba de repente asociado a ruidos de ramas crujiendo, Darío no miraba de lleno, lo hacía de reojo, como aparentando no interesarle el asunto, o quizás, no notarlo.

No veía nada concreto. Todo en su visión era un borrón oscuro, un panorama abstracto. La carretera hacia delante apenas era una gruesa línea negra que se perdía en el horizonte de una pendiente, una pendiente que por poco tocaba las grises y densas nubes que cubrían todo el cielo, y por donde los rayos moribundos de la luna atravesaban penosamente. Adelante no se veían casas, máquinas, personas ni animales, y hacia atrás indudablemente no los había. Darío estaba solo en ese paraje gótico, húmedo y bullicioso. Sospechaba que las sombras en movimiento que advertía eran ilusiones por efecto del alcohol y de su fértil imaginación, pero no lograba sacarse de la cabeza esas inquietantes y absorbentes cavilaciones fantasmales que lo iban consumiendo poco a poco.

Los ruidos eran de algo grande, tan grande que se podían escuchar a pesar del sonido escandaloso del aguacero. Darío estaba asustado; se sentía observado. Alguien o algo lo seguía y eso le producía un temor escalofriante. Sus miradas hacia atrás buscando en la carretera una luz salvadora se hicieron más regulares, más constantes, inquietas. Lo que no logró la lluvia lo estaba logrando el miedo, su cuerpo y su mente lentamente se iban desintoxicando, llevándolo a la triste lucidez.

Hubo un ruido sobrecogedor, y el susto que estuvo a punto de matarlo de la impresión lo sintió como a la misma muerte susurrando su nombre al oído. Fue un trueno fulminante que estalló muy cerca de él, y después vinieron otros, cada trueno lo desarmaba más, cada trueno aumentaba sus ganas de orinar, sus latidos del corazón, las inspiraciones y exhalaciones de sus pulmones, y aceleraba sus pasos trémulos sobre el pavimento. La luz de los relámpagos lo hacía ver imágenes tenebrosas a sus costados, formas que se movían y se escondían en un segundo, sombras de entes de otro mundo. Se apuró y miró una vez más hacia atrás, y su alegría fue deslumbrante, había una luz muy cercana, dos faros en el tempestuoso mar de penumbras. Un vehículo se acercaba como un sereno buque a rescatar al náufrago…

Darío se detuvo a esperarlo, sus pupilas clavadas en los faroles de ese auto lo tranquilizaron, lo esperó con impaciencia, percutiendo una tonada nerviosa con su pie derecho en el charco de agua bajo sus zapatos. Pero la balsa salvadora no llegaba, se acercaba sí, pero no llegaba, parecía detenida, parecía interminable el trayecto que los distanciaba, en su imaginación le daba la impresión de una embarcación a la deriva en una tempestad perfecta.

Una desesperación ingobernable fue haciendo víctima a sus funciones, se acomodaba el pelo con violencia, se rascaba la cara y el cuerpo sin parar, zapateaba el piso como un loco, la intolerancia lo devoraba, un arrebato de ira lo hacía su esclavo. Y de improviso, un ruido a sus espaldas de unas rápidas pisadas furiosas sobre la hierba lo hicieron estallar. Era como el sonido de un león agazapado lanzándose sobre la presa; Darío dio un alarido potente y lastimero, y salió corriendo en busca de los luceros del auto que venía hacia él. Corrió apenas unas decenas de metros, las luces estaban realmente próximas. Era un automóvil grande y antiguo, de un color muy oscuro. Le hizo señas y el coche que venía muy lentamente se detuvo a su lado. ¡Ya estaba salvado!

Hizo un intento sobrehumano para controlar sus nervios y calmar el impetuoso torrente que pujaba por sus venas, no valía la pena contar lo que había sucedido, era muy posible que no le creyeran y se expondría al ridículo gratuitamente, de cualquier manera ya estaba a resguardo. Se acercó a la ventanilla totalmente opacada por las gotas de lluvia, apenas abierta un centímetro, y habló hacia el interior con su timbre levemente agudizado.

—Bubue… nas noches…, vo… voy a Ancud. ¿Me llevaría?

Se escucharon unas risas burlonas y roncas; una voz muy fuerte contestó:

—Súbase.

Darío abrió la puerta y se sentó en el asiento delantero, cerró la puerta de inmediato y el auto lentamente retomó su marcha. Se sacó los lentes y secándolos con sus ropas mojadas los guardó en un bolsillo de su chaqueta mientras le decía al conductor:

—He estado casi dos horas caminando y no pasó ningún auto, me estaba muriendo de frío… Gracias por llevarme— y miró hacia su potencial interlocutor esperando recibir una respuesta.

Darío no podían creerlo, su pesadilla continuaba, estaba en manos de los designios del infierno, el mismo Satanás jugaba con su vida. No había conductor, no había nadie, el vehículo se gobernaba por sí solo. Por un acto reflejo intentó abrir la puerta para arrojarse, pero ésta no cedió, su espanto lo obligó a levantarse de su asiento y pegar su espalda a la puerta como un gato engrifado, miraba hacia el espacio vacío del chofer con sus ojos reventándose de la impresión, trataba de entender qué pasaba, pero no había explicación alguna, el auto lo conducía sin

dudas un ser inmaterial invisible a su vista, un espíritu del reino de las tinieblas, era un auto fantasma así como el Caleuche es un barco con una tripulación de espectros.

Pero su horror no terminó ahí, en un momento, una mano asomándose por la ventanilla del vehículo tomó el volante entre las profundas carcajadas macabras de una voz de ultratumba, la mano pálida como la de un muerto, de dedos larguísimos, huesuda, la mano de un cadáver putrefacto, guió el volante. Darío en un estado de completo pánico se orinó en los pantalones, sentía deseos de gritar, pero la voz no le salía, estaba mudo del terror.

La mano después desapareció. Darío no podía moverse, estaba paralizado en absoluto, su respiración era como la de un indefenso conejo que cae en la cruel trampa de metal de un imfame cazador. Ya con la horrible visión fuera de su vista intentó mirar por el parabrisas hacia donde lo llevaban, por muy siniestro que fuera su destino él necesitaba saberlo. Se colocó los lentes nuevamente, pero nada se veía por la lluvia. Después de unos instantes de nerviosa observación notó la blanca barrera de contención de una curva, y determinó que aún estaba en la carretera, eso lo serenó unos instantes, sólo hasta que la mano volvió a hacer su horripilante aparición sumiendo a Darío en la desesperación más dolorosa que había vivido en sus veintitrés años de existencia. Su vejiga volvió a funcionar descontroladamente mojando sus ropas de un calor urticante. Mientras la extremidad de ultratumba estuvo presente, Darío no movió un músculo y aguantó su respiración con la intención de no llamar la atención del espíritu maligno.

Cuando ésta se hubo retirado, limpiando la nubosidad del vidrio con su manga, trató de mirar por el parabrisas de nuevo, y una luz de esperanza alumbró su alma: al costado derecho de la carretera divisó la preciosa lumbre de una posada… ¡Claro!, la posada la conocía, la había visto al pasar en la mañana. Ésa era su única salida, ésa era su última alternativa de vivir; su salvación estaba en ese restorán caminero.

Intentó una vez más abrir la puerta sin resultados, forzó la manilla sin moverla un milímetro, estaba muy nervioso, sus manos temblaban incapacitando sus movimientos, la excitación hacía estragos en sus pensamientos y en sus inestables reflejos, tenía que salir del vehículo ¡ahora! o moriría ahí mismo. La puerta no tenía el seguro donde él lo buscaba, la tanteó por el costado con sus dedos, buscándolo, la cubierta de cuero era gélida, de una temperatura ártica.

Para desgracia de Darío, la cadavérica mano hizo otra grotesca aparición y esta vez, después de mover el volante, se abalanzó con sus abiertos dedos esqueléticos sobre él justo en el preciso momento en que la puerta cedía. Darío cayó al pavimento golpeándose fuertemente la cabeza y espalda, y dando un grito desgarrador, un alarido que congeló la noche, rodó por una pequeña pendiente sobre la hierba mojada; empapado se levantó y emprendió la huida despavorido, cayendo varias veces al piso entre las burlescas carcajadas de los espíritus, deslizándose en forma patética sobre el agua acumulada, y levantándose

nuevamente sin mirar atrás, gateando a veces, arrastrándose también, vomitó todo el excelente *curanto* del almuerzo antes de entrar corriendo y gritando a la posada.

Los pocos parroquianos en el lugar se quedaron pálidos y rígidos pegados a sus sillas, espantados por el alboroto. Darío, en el centro de la estancia de piso de madera, chillaba frases ininteligibles llorando de terror; un hilillo de sangre se confundía con el agua que mojaba su rostro. El dueño del lugar se acercó y trató de tranquilizarlo, cosa que logró después de dos colmados vasos de pisco puro.

A los minutos, ya más sereno, sentado en una silla alta junto al mesón de atención, rodeado de todos los presentes, que en total sumaban doce personas, Darío contó su escalofriante experiencia.

Al terminar, ellos dudaron; algunos lo dieron por loco y los otros le creyeron a medias, aunque más por el estado de alteración que tenía que por la historia en sí, ya que era desconocida para ellos una manifestación espectral de ese tipo. Nadie había escuchado de un auto fantasma rondando por esos lares, era algo demasiado moderno para pertenecer a Chiloé.

Los doce jueces discutían al respecto, juzgando el relato de acuerdo a sus apreciaciones y experiencias personales, mientras Darío bebía —por cuenta de la casa— un vaso tras otro.

En un momento se abrió la puerta de la posada con un fuerte y seco ruido, apagando las voces de los debatientes de golpe y dejando apenas un incómodo campanilleo en el aire. Las miradas se fijaron en la entrada por donde ingresaron dos forasteros vestidos con impermeables negros. Venían mojados por la lluvia, eran muy altos, se veían cansados y sus rostros severos. Acercándose al mesón, atravesando como levitando el completo silencio de ese espacio asfixiante, el más alto, delgado y pálido, mirando fijamente a Darío, le dijo a su acompañante con una voz ronca y fuerte, como pretendiendo que los presentes escucharan cada palabra:

—¡Mira!, ahí está el imbécil que se subió al auto y lo meó cuando lo estábamos empujando.

Lo siguiente que recuerda Darío fueron las carcajadas estruendosas que duraron eternamente mientras estuvo ahí, y sus punzantes ecos que hasta hoy día aún retumban en sus oídos.

Estocolmo, 3 de abril de 2001

INCURSIONES NOCTURNAS

MIGUEL CALLEJÓN BERENGUER

"...and *a cat*."

Edgar Poe, *"The Black Cat"*

Hastur era un gato negro, grande y lustroso que vivía apaciblemente en un piso al oeste de la ciudad. Solía animar a su amo con sus juegos, ya que éste tendía a la melancolía, pero ésto dejó de funcionar cuando su prima fue encontrada muerta en su piso; estaba desnuda y había sido semidevorada por ratones. La depresión en la que cayó esta vez fue devastadora.

-Pobre Julia... ojalá hubieses estado allí, amigo mío -le decía, mientras acariciaba su negra testa. Hastur, al parecer contagiado por el mal que devoraba a su amo, comía menos cada día, aunque se mantenía igual de rollizo: a juzgar por sus desapariciones nocturnas, el felino dedicaba esas horas a cazar y devorar ratones. A veces volvía con el morro lleno de sangre.

-Tú también la querías, ¿verdad, chico? -le dijo al gato una noche, poco antes de acostarse. El gato maulló, tal vez en señal de afirmación. Le abrió una ventana, y le dijo: -Anda, sal y véngate en mi nombre de esos bichos infectos.

El gato se montó en el alféizar de la ventana con un ágil salto. Maulló de nuevo, y después saltó al tejado vecino, a unos metros por debajo. Poco después, se perdió en la oscuridad.

Su amo, adormilado, dejó entornada la ventana para que el gato entrase a la mañana siguiente.

Las pupilas de Hastur se habían ensanchado al máximo. Ya había hecho varias veces ese mismo trayecto, pero siempre lo sorprendían aromas y sonidos diferentes; esta vez fue el olor rancio que salía de la ventana de una de las chabolas lo que llamó su atención. De un salto se encaramó a ella y miró al interior. Un bulto negro se dibujaba en el centro de la habitación, en total oscuridad

incluso para un gato. Silenciosamente, entró y se acercó a él: era una cuna. Sus orejas puntiagudas recogieron los ligeros sonidos que produce un bebé mientras duerme.

Un ratón se escabulló ante él, pero Hastur le hizo caso omiso. Nunca le habían gustado los ratones.

Entonces, de un salto se subió a la cuna y de un mordisco le arrancó un pedazo de carne al pequeño, que expiró con un gemido.

(Nota: El término "Hastur" apareció por primera vez en el cuento "Haïta the Shepherd", de Bierce, referido a un dios de los pastores. Más tarde, R. W. Chambers lo utilizaría, con un matiz más siniestro, en su "The King in Yellow"; con Lovecraft, el dios Hastur se convertiría en una deidad terrible:

"I found myself faced by names and terms that I had heard elsewhere in the most hideous of connections - Yuggoth, Great Cthulhu, Tsathoggua, YogSothoth, R'lyeh, Nyarlathotep, Azathoth, **Hastur**, Yian, Leng, the Lake of Hali, Bethmoora, the Yellow Sign, L'mur-Kathulos, Bran, and the Magnum Innominandum - and was drawn back through nameless aeons and inconceivable dimensions to worlds of elder, outer entity at which the crazed author of the Necronomicon had only guessed in the vaguest way."

H. P. Lovecraft, "The Whisperer in Darkness"